



FUNDACIÓN
alternativss

MEMORANDO OPEX N° 232/2018

ASUNTO: PUTIN: NUEVO MANDATO Y SU IMPACTO PARA LA POLÍTICA EXTERIOR DE RUSIA.

AUTORÍA: JAVIER MORALES HERNÁNDEZ, Profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Europea de Madrid. Experto colaborador de Opex / Fundación Alternativas.

FECHA: 14/05/2018

Panel: Rusia y Eurasia

<http://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-exterior-opex/documentos/memorandos>



Director: Vicente Palacio

ISSN: 1989-2845

Maquetación: Vera López López

Contexto

El 7 de mayo de 2018, Vladimir Putin ha comenzado oficialmente su cuarto periodo como presidente de la Federación Rusa, tras una victoria con el 76,69% de los votos en las elecciones del 18 de marzo; celebradas, una vez, más con una cobertura mediática abiertamente favorable al candidato oficialista, obstáculos a la inscripción de candidatos opositores y denuncias de irregularidades en la votación.

Putin ha permanecido ya más de dieciocho años al frente del país, desde el 31 de diciembre de 1999 —fecha en la que sucedió como presidente en funciones a Boris Yeltsin, tras la dimisión de este— hasta hoy. En ese tiempo hay que incluir la llamada “presidencia en tándem” de Dmitri Medvedev entre 2008 y 2012, en la que Putin ocupó formalmente el puesto de primer ministro, pero conservando el papel predominante en la toma de decisiones.

En 2008, la duración del mandato se amplió de cuatro a seis años (art. 81.1 de la Constitución); sin embargo, se mantiene un límite de dos periodos consecutivos para un mismo presidente (art. 81.3). Esto implica que, a menos que se realice una nueva modificación constitucional, Putin ya no podrá presentarse a las próximas elecciones.

Tampoco parece factible que repita la maniobra del “tándem” en 2024, cediendo el puesto a una persona de confianza mientras prepara su regreso al Kremlin en 2030. Un presidente anciano —para entonces, Putin tendría 77 años— sería percibido como débil; y daría lugar a incómodas comparaciones con la “gerontocracia” del Politburó soviético, o las continuas enfermedades de Yeltsin. La cuestión de la sucesión, aún sin resolver, va a dominar cada vez más la agenda de política interna.

Primeras medidas adoptadas

La decisión más significativa de Putin tras la ceremonia de investidura ha sido mantener a Medvedev como primer ministro, a pesar de que la mayoría de los analistas especulaban con su sustitución. En cuanto a los viceprimeros ministros y el resto del gabinete, todo apunta a que la continuidad va a ser la tónica dominante de los próximos años; sin ninguna intención aparente de emprender reformas económicas, ni mucho menos políticas.

La permanencia de Medvedev debe interpretarse, ante todo, en el sentido de que Putin no desea anunciar todavía quién va a sucederle en 2024; pues se espera que el futuro candidato sea nombrado primero jefe del gobierno —o al menos, viceprimer ministro—, para ir construyéndole una imagen de liderazgo ante el electorado. Así ocurrió con el propio Putin, a quien Yeltsin nombró primer ministro en agosto de 1999, en preparación del relevo en la presidencia que se produciría solo cinco meses después.

Sin embargo, es difícil que Medvedev continúe en el cargo durante gran parte de la legislatura, ya que su popularidad —que alcanzó su punto más alto durante su propio mandato como presidente, llegando a superar la de Putin a finales de 2008-principios de 2009— se ha ido deteriorando claramente en los últimos años, después del regreso de Putin al Kremlin¹. Además de las críticas al gabinete que él encabeza, también él mismo ha recibido acusaciones —difundidas por el opositor y activista anticorrupción Alexei Navalni— de utilizar el cargo para enriquecerse personalmente.

Hay que tener en cuenta, por otra parte, que el diseño del sistema político ruso sitúa al primer ministro en una posición de clara subordinación al presidente y debilidad frente a la opinión pública:

- El presidente (*Prezident*) de la Federación Rusa, que ostenta la jefatura del Estado, es elegido directamente por la ciudadanía. Dirige las actividades de todos los ministerios y otros órganos federales del poder ejecutivo en el ámbito de la defensa, seguridad, interior, justicia, asuntos exteriores, emergencias y desastres naturales.
- El primer ministro —oficialmente llamado “presidente del Gobierno” (*Predsedatel Pravitelstva*)— es nombrado por el presidente, que debe someterlo a la aprobación de la Duma o cámara baja del parlamento. Aunque formalmente encabeza el Gobierno, en la práctica no tiene un poder real sobre el llamado “bloque presidencial” del gabinete, que incluye los ministerios como Defensa, Interior, Asuntos Exteriores... cuyas políticas son dirigidas por el presidente.

En consecuencia, la responsabilidad del primer ministro se limita a las políticas económicas y sociales —como sanidad o educación—, que son las que

¹ Según las últimas encuestas independientes, publicadas en abril de 2018, solo un 42% de los rusos aprueba la gestión de Medvedev como primer ministro, frente a un 57% que la desaprueba. Las cifras para Putin son, respectivamente, del 82% y el 17%.

reciben la mayor parte de las críticas de la ciudadanía. El presidente se mantiene teóricamente al margen de la gestión cotidiana de dichas áreas, lo cual le permite culpar exclusivamente al gobierno de los errores cometidos.

Putin ha utilizado este reparto de competencias para desentenderse de los problemas que afectan más directamente a la población, y centrarse en su imagen como líder internacional y comandante en jefe de las fuerzas armadas. Esto explica que haya conservado su elevada popularidad incluso en los momentos de dificultades económicas, aprovechándose del sentimiento nacionalista mayoritario en el conjunto de la sociedad.

Al mantener a Medvedev en el cargo, Putin puede estar calculando que a corto plazo vaya a continuar el estancamiento económico, y sea necesario adoptar medidas impopulares entre los votantes. En su comparecencia ante la Duma del 8 de mayo para pedir el apoyo de la cámara, Medvedev ya ha sugerido que podría retrasarse la edad de jubilación, que actualmente es de 60 años para los hombres y 55 para las mujeres. El actual primer ministro —cuya carrera política ya casi se da por amortizada— serviría como principal blanco de las críticas a estos ajustes, hasta que llegue el momento de su relevo.

Medvedev sigue siendo también presidente del partido Rusia Unida, pero en este caso se trata de un puesto puramente simbólico. La formación oficialista funciona como una simple maquinaria de movilización electoral y selección de cuadros, sin influencia sobre las decisiones del Kremlin. Incluso el propio Putin prefiere aparecer como “líder nacional” por encima del debate partidista, sin identificarse abiertamente con Rusia Unida.

Objetivos e intereses de Rusia

En esta etapa, como en las anteriores, las decisiones de Putin no van a depender únicamente de sus ambiciones o deseos personales; sino también de cómo se definan las prioridades y se asignen los recursos entre los múltiples objetivos de la política interior y exterior. Rusia deberá también asumir los condicionantes que le imponen sus propias capacidades —que no son ilimitadas—; así como la evolución del entorno internacional, adaptándose a las oportunidades disponibles y reaccionando a los movimientos de otras potencias rivales.

Memorando Opex N°232/2018: Putin: nuevo mandato y su impacto para la política exterior de Rusia

La estrategia empleada a lo largo de los dieciocho años de Putin en el poder no ha sido una constante “nueva Guerra Fría” y empleo de la fuerza militar, como podría parecer por las noticias recientes. Por el contrario, se han ido alternando los momentos de abierta confrontación con Occidente con otros de cierta distensión y mayor énfasis en los contactos diplomáticos: por ejemplo, la cooperación con Bush tras el 11-S o el “reseteo” —después fallido— de las relaciones con Obama. No obstante, la definición de los intereses de Rusia ha sido la misma en líneas generales; lo cual se explica tanto por la permanencia de un mismo líder como por el conservadurismo de este, y su percepción de cualquier reforma como una “peligrosa desestabilización” del país.

Los objetivos principales de Rusia se han mantenido constantes desde 2000 hasta hoy, y se resumen en dos:

- En política interna, la permanencia de Putin en el poder; lo cual, desde la perspectiva de las élites que le apoyan, sirve tanto para garantizar la estabilidad del país como para su propio beneficio personal. Esto implica que las protestas ciudadanas contra la corrupción sean percibidas como una seria amenaza por los gobernantes, a pesar de tratarse todavía de un movimiento minoritario en el conjunto de la población; ya que atacan directamente la imagen de patriotismo y defensa de los intereses nacionales que intenta transmitir el Kremlin. Hoy existe un hartazgo generalizado — incluso entre quienes votan a Putin— con la existencia de prácticas corruptas; las cuales no se han reducido en los últimos años, a pesar de que en ciertos casos puntuales se destituya y procese a cargos públicos por estos delitos. La sensación de estancamiento político y económico, sin una renovación palpable en las ideas ni en los dirigentes, puede tener el efecto de desmovilizar a la ciudadanía, creando un sentimiento de fatalismo y de que los cambios no son posibles.
- En política exterior, el principal interés que va a seguir defendiendo Rusia — como ha hecho no solo desde la llegada de Putin, sino ya desde los últimos años de la etapa de Yeltsin— es su reconocimiento como una de las grandes potencias mundiales, al menos en tercer lugar después de EE.UU. y China. Esto incluye su participación en todos aquellos foros multilaterales donde se decida sobre los grandes problemas globales; pero, también, la continuación de su tradicional preponderancia en el espacio postsoviético, y su presencia como uno de los actores relevantes en otras regiones estratégicas, como Oriente Medio y Asia-Pacífico.

La única excepción a este continuismo fue la etapa de Medvedev (2008-2012), en la que se empezaron a introducir —por influencia del entonces presidente— ciertos cambios discursivos en cuanto a la definición de las prioridades. Así, el principal objetivo pasó a ser la necesidad de “modernización” económica de Rusia, para lo cual debía reducir su dependencia de las exportaciones energéticas e invertir en tecnología, cooperando con las empresas y desarrollando proyectos de I+D+i con los países más avanzados. Con esto se distanciaba levemente de la obsesión con el control del Estado y la defensa del país frente a las amenazas externas que había dominado el discurso del Kremlin hasta entonces.

Esta tímida reorientación tuvo un impacto real muy limitado, y ha quedado definitivamente enterrada desde el regreso de Putin a la presidencia en 2012. Medvedev carecía en gran medida de apoyos dentro de la burocracia estatal —como habían sido los *siloviki* o funcionarios de los servicios de seguridad para su antecesor—, lo que le obligó a difundir algunas de sus propuestas mediante voces más liberales en el sector privado, como el *think tank* INSOR. Sin embargo, Putin mantuvo en todo momento las riendas del poder en la política exterior y de defensa, incluyendo contactos directos con líderes internacionales. Una vez consideró que el aperturismo de Medvedev no estaba dando sus frutos con Occidente, y que Rusia necesitaba de nuevo un “líder fuerte” para hacerse respetar como potencia, decidió regresar al Kremlin para recuperar un discurso nacionalista más duro.

En consecuencia, a corto-medio plazo es muy improbable un retorno al pasado discurso de la “modernización”, sino que el énfasis va a estar de nuevo en la estabilidad interna y la competición en política exterior, utilizando la segunda para fomentar la primera.

Perspectivas de evolución

La lucha contra la corrupción es el problema social con mayor potencial movilizador, y quizás el único que cuenta con la capacidad de aglutinar a una oposición muy heterogénea, donde coexisten desde liberales y socialdemócratas hasta comunistas y ultraderechistas. Esto ha sido bien comprendido por el dirigente opositor Alexei Navalni, quien ha abandonado el discurso nacionalista de sus inicios para centrarse en la denuncia de los abusos y la represión gubernamentales. Así, aunque no se le ha permitido presentarse a las elecciones y solo tiene el apoyo de

Memorando Opex N°232/2018: Putin: nuevo mandato y su impacto para la política exterior de Rusia

un porcentaje muy minoritario —en torno a un 2%—, las protestas impulsadas por su movimiento se han extendido progresivamente desde las grandes capitales con mayor tradición liberal hasta otras regiones del país. Por ejemplo, el pasado 5 de mayo la policía detuvo a manifestantes no solo en Moscú o San Petersburgo, sino también —aunque en menor medida— en ciudades como Cheliabinsk (Urales), Yakutsk (Siberia oriental) o Togliatti (Volga).

De esta forma, aunque es difícil que se produzca una oleada de protestas con la suficiente capacidad para derrocar a Putin, a modo de “Maidán ruso”, existen indicios de que el apoyo social al presidente ya no se basa tanto en la ilusión o la esperanza en un futuro mejor; sino en la resignación al oír una y otra vez las mismas promesas de bienestar y desarrollo económico, especialmente viniendo de una clase política cuya credibilidad es muy escasa. Por tanto, el régimen político se asienta sobre bases mucho más precarias de lo que podría suponerse; lo cual contribuye, precisamente, a reforzar la obsesión del Kremlin por reprimir la disidencia, aunque esta todavía no sea masiva.

En política exterior, el asunto más sensible para las relaciones entre Rusia y la UE va a seguir siendo la vecindad oriental, donde las ampliaciones de la Unión y su programa de “Asociación Oriental” han sido cada vez más percibidos como una amenaza por Moscú. Esta cuestión no puede entenderse aisladamente de los enfrentamientos anteriores en torno a la ampliación de la OTAN, ya que Rusia tiende a considerar ambos procesos de forma conjunta, como una forma de “expansionismo” de EE.UU. y sus aliados; lo cual explica la reacción desmesurada del Kremlin —incluso mediante el envío de tropas— ante una amenaza que tiene más de imaginario que de real.

Además de esta vinculación con la seguridad militar, preservar la periferia de Rusia como “esfera de influencia” es también una reivindicación clásica del nacionalismo ruso en el que se apoya electoralmente Putin; el cual no se limita a los sectores más radicales o partidarios de una restauración imperial por la fuerza, sino que es ampliamente compartido por el conjunto de la sociedad, que entiende dicha “influencia” como el simple mantenimiento de los contactos entre sociedades, las relaciones económicas o la protección de la cultura rusa y las minorías rusohablantes. El intervencionismo militar en su periferia es, precisamente, un resultado de su incapacidad para conseguir estos objetivos de forma pacífica, mediante una verdadera capacidad de “poder blando” que hiciera a las sociedades

Memorando Opex N°232/2018: Putin: nuevo mandato y su impacto para la política exterior de Rusia

como la ucraniana inclinarse voluntariamente hacia Rusia en lugar de hacia la UE o la OTAN.

Sin embargo, los resultados de este intervencionismo han sido negativos para la propia Rusia: las ganancias territoriales, como la anexión ilegal de Crimea —pese a que la base de Sebastopol tuviera un interés militar indudable—, no compensan el daño que ha sufrido su reputación internacional, ni el aislamiento diplomático o la desaceleración económica producidos por las sanciones. De hecho, la imagen de una Rusia cada vez más agresiva está siendo más bien un incentivo para que la UE continúe avanzando en la cooperación en materia de seguridad y defensa, mediante iniciativas como la Cooperación Estructurada Permanente (PESCO). Tampoco la presencia de tropas rusas ha impedido los Acuerdos de Asociación entre la UE y Georgia, Moldavia o Ucrania; aunque sí obstaculizaría —junto con los problemas de origen interno de estos países, como motivo principal— una posible entrada en la Unión o en la Alianza Atlántica.

Por su parte, la OTAN —a pesar de sus discusiones internas en cuanto al objetivo de gasto— se mantiene todavía como la alianza militar más poderosa del mundo, muy superior en presupuestos o capacidades a Rusia y sus aliados de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva. Esto explica que las intervenciones rusas se produzcan solamente en países que no son miembros de la Alianza: pese a los temores de Polonia o las repúblicas bálticas, no hay indicios de que Moscú tenga planes de atacarlas, más allá del enfrentamiento político —que existe desde los años noventa— en torno a cuestiones como el tratamiento de las minorías rusas o la memoria histórica de la II Guerra Mundial. Al igual que para la UE, la crisis de Ucrania ha servido para aumentar la cohesión interna de la Alianza en torno a un enemigo común.

Sin embargo, esta aparente ventaja no deja de tener sus riesgos. El discurso de “nueva Guerra Fría” —que reduciría el actual conflicto a un enfrentamiento de orden moral entre democracia y autoritarismo— puede resultar satisfactorio en el plano subjetivo o emocional; pero no contribuye de ninguna forma tangible a la democratización de Rusia. Por el contrario, ha reforzado sus percepciones de amenaza y el apoyo de su población a decisiones como la anexión de Crimea; lo que, a su vez, incentiva a Putin a continuar su deriva agresiva en el exterior, retrasando en el tiempo la vuelta a una posición más pragmática. Esto último parece inevitable, a pesar de todo, si Rusia quiere salir algún día del aislamiento internacional en el que sus propias e imprudentes acciones la han situado.

La llegada al poder de Trump en EE.UU. —sin duda, preferida por Putin a una victoria de Clinton— no ha dado lugar tampoco a que se consolide un “eje Washington-Moscú”. Aunque las relaciones son sin duda menos tensas de lo que hubieran sido con una Administración demócrata, Trump está abandonando la línea aislacionista o economicista de sus comienzos, y adoptando un discurso claramente agresivo en política exterior, incorporando por ejemplo a *neocons* como John Bolton. El ejemplo más claro es la retirada del acuerdo con Irán, que en el peor de los casos puede aumentar las tentaciones estadounidenses de un “ataque preventivo” para destruir la capacidad de Teherán de desarrollar armas nucleares, como ha venido defendiendo el gobierno israelí. EE.UU. y Rusia muestran cada vez más tener intereses y estrategias incompatibles entre sí; a lo que se une la prórroga de las sanciones por Washington, muestra del interés de Trump por endurecer su actitud con Moscú, e intentar alejar las sospechas de colaboración durante la campaña electoral.

Esto supone, por un lado, que las potencias identificadas como las principales rivales de EE.UU. en la última Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense —China y Rusia— se verán impulsadas a estrechar su cooperación política, económica y de seguridad; algo que Putin había fomentado cada vez más en los últimos años, como respuesta al impacto de las sanciones occidentales. Por otra parte, en aspectos puntuales —como la cuestión del acuerdo con Irán— podría darse el caso de que Rusia y la UE identificasen ciertos intereses comunes, en los que ambas desearan frenar los efectos desestabilizadores de las decisiones irreflexivas de Washington.

Perspectivas desde España y la UE

- La mayoría de los desacuerdos entre la UE y Rusia no tienen un contenido militar, sino que se centran en aspectos de carácter político. Tampoco el intervencionismo militar del Kremlin es el preludio de una ofensiva a gran escala contra Occidente, en la que incluso los miembros de la OTAN pudieran ser atacados. A diferencia de otro tipo de actores, como el terrorismo del ISIS o Al Qaeda —orientados a la destrucción sin condiciones del adversario—, Rusia es un actor racional, cuya estrategia como Estado tiene en cuenta los costes y beneficios para sus propios intereses. Por tanto, el diálogo con Moscú no puede desecharse como el simple “apaciguamiento” de un actor inherentemente agresivo; sino que sigue siendo una forma

necesaria y legítima de resolver las controversias, reduciendo así las posibilidades que se repitan nuevas escaladas militares como la de Ucrania.

- En cuanto al conflicto de las regiones del Donbass, parece haberse convertido ya en uno más de los “conflictos congelados” de la antigua URSS, donde el enfrentamiento armado se mantiene latente y existe un territorio *de facto* no controlado por el Estado. Sin embargo, la continuación de los combates y la consiguiente crisis humanitaria hace imprescindible que se mantenga abierto el “grupo de Minsk”, como único foro multilateral que pudiera tener algún impacto real en la disminución de los niveles de violencia sobre el terreno, si más adelante se dieran las condiciones para ello. Por otra parte, la estabilización del conjunto de Ucrania —no solo mediante la ayuda económica, sino también mediante la regeneración política y los avances en el respeto a los derechos humanos, incluida las minorías lingüísticas o colectivos como el LGTBI— contribuirá también a neutralizar los recelos hacia Kiev en las regiones orientales; donde la mayoría de la población civil desea recuperar la normalidad, tras más de cuatro años de guerra.
- Las intervenciones rusas se deben también a intereses de política interna, en los que el Kremlin reacciona a las protestas sociales agitando el temor a Occidente como “enemigo exterior”. Esto hace más necesario evitar que las críticas europeas —legítimas y justificadas— al régimen de Putin sean amplificadas por nuestras sociedades hasta convertirse en un discurso basado en estereotipos, donde se asocie a Rusia exclusivamente con la agresividad o la violencia, y se ignore su contribución a la cultura europea. Para neutralizar el discurso nacionalista del Kremlin, la UE debe apelar a la ciudadanía rusa desde una actitud de respeto mutuo, diferenciando claramente nuestra condena a Putin y su gobierno de un rechazo global hacia todo lo que representa ese país.
- El motivo del empleo creciente de la desinformación por Rusia es el intento de contrarrestar la eficacia del “poder blando” de la UE en otras sociedades; reconociendo así, de forma implícita, el mayor atractivo del modelo democrático y de bienestar europeo. En este sentido, debemos evitar el uso incorrecto y alarmista de términos como “ciberguerra” o “guerra híbrida” — ambas muy distintas de la simple propaganda— para denominar los mensajes difundidos desde Rusia. Las campañas de propaganda no son una forma de agresión contra el territorio nacional, salvo cuando complementan a un ataque armado; como máximo, podrían llamarse “guerra de la información” en un sentido metafórico. Sin embargo, es importante no

exagerar su capacidad de condicionar el sentido del voto o de crear un estado de opinión determinado. En la mayoría de los casos, como el Brexit o el soberanismo catalán, estos argumentos se han sumado a tendencias sociales que ya existían previamente, y en las cuales los medios de comunicación autóctonos han tenido sin duda el papel determinante.

- El actual clima de confrontación entre Rusia y la UE está sostenido por una concepción maximalista de las amenazas, que no se apoya en una evaluación realista ni de las capacidades ni de las intenciones del otro. Ninguna de las dos partes supone una amenaza existencial para la otra, que pudiera acabar con su sistema político o su modo de sociedad: una crisis generalizada en territorio europeo sería en primer lugar destructiva para la economía rusa, y viceversa. Por la misma razón, el aislamiento mutuo en forma de "nuevo muro de Berlín" no sería sostenible a largo plazo por ninguna de las dos partes; especialmente para Rusia, muy dependiente de las exportaciones a Europa, y cuya sociedad es plenamente consciente de sus diferencias de nivel de vida con los países de la UE.

Memorandos Opex de reciente publicación

- 231/2018: **La estrategia de la UE con África: nuevos enfoques y perspectivas.** Ainhoa Marín.
- 230/2018: **Las guerras comerciales de Trump: China, México y Europa. Posibles escenarios y consecuencias.** Alexandre Muns Rubiol
- 229/2018: **¿Qué pasa en Turquía? Restricción de libertades y desequilibrio de poderes.** Antonio Ávalos Méndez
- 228/2018: **La cuestión kurda en Siria e Irak tras caída de ISIS.** David Meseguer
- 227/2018: **La Inversión Socialmente Responsable en España como herramienta de transformación social: Una aproximación al estado de la cuestión.** Realizado por ECODES, y coordinado por Cristina Monge y Leo Gutson.
- 226/2018: **La Argentina de Macri: perspectivas para el nuevo año político.** Mario Scholz
- 225/2018: **Qatar, Arabia Saudí y la redefinición del Golfo Pérsico.** Ignacio Gutiérrez de Terán.
- 224/2018: **La Reforma Fiscal de Trump y su impacto en EEUU y en Europa.** Alexandre Muns Rubiol
- 223/2017: **Trump y la capitalidad de Jerusalén.** Itxaso Domínguez de Olazábal
- 222/2017: **La crisis de gobierno en Arabia Saudí y sus derivaciones regionales.** Itxaso Domínguez de Olazábal
- 221/2017: **El triunfo de Macri en las legislativas de 2017 y sus posibles consecuencias para Argentina. Una visión desde la Unión Cívica Radical (UCR).** Mario Scholz
- 220/2017: **Avances en tecnología de transporte eléctrico. Estado del arte y camino por delante.** Emilio de las Heras
- 219/2017: **El colapso del Daesh: ¿un punto de inflexión del yihadismo internacional?.** Ignacio Gutiérrez de Terán
- 218/2017: **El papel del autoconsumo en la transición energética en España y lecciones aprendidas de otros países.** Laura Martín
- 217/2017: **Transición energética en España: ¿Qué podemos aprender de las experiencias de otros países?.** Emilio de las Heras
- 216/2017: **El Factor Trump en Asia y el Indo-Pacífico.** Juan Manuel López-Nadal
- 215/2017: **Una nueva política fiscal y presupuestaria para la recuperación económica.** Manuel De la Rocha Vázquez y Victor Echevarría Ycaza
- 214/2016: **Cambio climático, Agua y Agricultura sostenible.** Ivanka Puigdueta Bartolomé, Alberto Sanz Cobeña y Ana Iglesias Picazo
- 213/2016: **La regulación del mercado de cannabis en Uruguay. Proyección de resultados.** Diego Sanjurjo

Para consultar toda la serie de Memorandos Opex en versión online y visitar nuestra página web:

<http://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-externa-opex/documentos/memorandos>